



Las vitalidades
© Ángela Segovia
ISBN: 978-631-91439-3-5
Primera edición
Buenos Aires, 2026

Imagen de cubierta: Marla Zakai
Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa
Editorial Mar de Fondo
mardefondoediciones@gmail.com

Ángela Segovia

LAS VITALIDADES



mar de fondo



LAS VITALIDADES



Para Jorge
Para Nicanor



Soñé que de pronto se daba la excusa perfecta para que él hablara. Otra vez.

Si se hace de noche y todavía sigue lloviendo será malo. Será una cosa mala. Lluvia y noche, dos sustancias así juntas, un empaque así. Luego, cuando respondí al teléfono, cosa que nunca jamás hago, escuché claramente su voz diciendo mi nombre, exacto. Pero cuando siguió hablando ya no era su voz. Era la de otra persona, y por eso colgué. ¿Se habían traspuesto? El gato también sospechaba algo. Puse mi palma, se subió a ella con las cuatro patas muy juntas (porque mi palma es pequeña) y escupió una bola de pelo hacia el lado derecho. Si lo hubiera hecho hacia el lado izquierdo habría pensado que eran figuraciones mías. Pero conozco bien sus gestos. Cuando no puedo fiarme de nada, puedo fiarme del gato. Y ahora es un momento en el que seguro que no puedo fiarme de mí, si algo he notado es que no estoy distinguiendo bien las cosas.



Al principio aprendí a distinguir por el tipo de vitalidad. Es decir, una vitalidad tenía un color, o bien tenía varios, y tenía una textura, a veces un paisaje, a veces un borrón, a veces un olor, luego se concretaba con palabras. Yo notaba la vitalidad de todas las cosas, aunque fueran pequeñas. Pero debo de estar volviéndome loca porque, o bien han cambiado, o ya no las reconozco. En ese sentido solo puedo fiarme de unas pocas pistas, por ejemplo de la voz, pero qué voy a hacer si ya nadie habla. También está el asunto del bosque. Me disculparán si me detengo aquí un momento. Nunca nadie me dijo que los árboles tuvieran nombre, así que cuando lo descubrí creí desfallecer. Los que viven en la parte frontal del jardín, los que forman el llamado bosque oscuro, reciben el nombre de olmos siberianos. Una especie terrible. Su vitalidad es puro negra. Y no cualquier negro, sino negro integral, específicamente. Quiero que este dato quede bien claro. Es un negro por el que yo no siento ninguna afinidad. Siempre me ha asustado. A mí me gusta el negro especular. En el terreno posterior de la casa hay un pozo que tiene vitalidad negro especular. Él jamás se acercaba a ese pozo, no soportaba el negro especular. Sin embargo se pasaba las horas mirando el bosque de olmos siberianos, embelesado. Quizás esta fuera nuestra diferencia más importante o el resumen de todas nuestras diferencias, es algo en lo que suelo pensar. En aquel tiempo me parecía que él debía de tener algún problema, ahora pienso que si era así yo también lo tenía. Me gustaba sumergir el brazo en el pozo, mi índice extendido se clavaba en el

negro especular y de pronto notaba esa cualidad tan suya, como de unos pelitos suavísimos y muy cortos, casi parecidos a polen. Me estremecía. Y nunca me pareció raro. Creo que esa vitalidad encajaba bien conmigo. Eso es todo. No sé bien qué quiero decir cuando hablo de encajar, pero esa es una pregunta que no puedo hacerme en este momento. En este momento hay otras cosas más urgentes y por eso tengo que seguir hablando de los árboles. Alrededor del pozo teníamos un pequeño bosquecillo de pinos. Allí el suelo siempre estaba cubierto por la pinaza que caía de las copas puntiagudas y el ambiente era fresco a cualquier hora. En verano solía pasar mucho tiempo bajo la sombra espinosa de esos árboles. Por el suelo había trozos de piedra que quizás llevaran siglos allí. A veces me parecían los restos de un antiguo yacimiento. Me sentaba sobre ellos largo rato. Otras veces me tumbaba. Estaban cubiertos de líquenes. En invierno la luz se deslizaba entre las ramas y cascabeleaba sobre las piedras. Sobre mí. A este bosquecillo lo llamaba el bosque claro, porque a pesar de ser umbrío su vitalidad era ciertamente clara, desposeída de misterio, familiar. Por eso pasaba ahí tanto tiempo, y a menudo sentía como si yo perteneciera a esa pinaza, a esa sombra, a esas luces, a esas piedras. Él nunca venía conmigo y tampoco le vi adentrarse solo. En cambio, solía rogarme que me quedara en la parte frontal del jardín, y eso no era sencillo para mí, porque mis pasos me llevaban siempre hacia el bosque claro, sin mediar mi pensamiento ni mi voluntad. Ahora me pregunto si quizás por este motivo él se decepcionó de mí y acabó por rechazarme de ese modo, el modo de la indiferencia.

Respecto a él, solía caminar por el bosque oscuro cada día, al atardecer. ¿Por qué lo llamas bosque oscuro?, solía decirme al principio, cuando todavía me escuchaba. A él no le parecía oscuro. Cuando regresaba a casa después de esos paseos vespertinos, su

aspecto era el de un loco, o en el mejor de los casos, el de una persona verdaderamente asustada. Yo miraba el bosque oscuro desde la ventana de la cocina. Me parecía que estaba plagado de agujeros. Los troncos eran tan altos que llegaban a rozar el tejadillo de la torre. El viento los balanceaba con violencia. Pero todo eso sucedió en el pasado lejano, cuando él todavía no había desaparecido. Luego desapareció y todas las cosas cambiaron. Me parece que ahora los árboles están siempre quietos. En mis largas meditaciones, cuando me pregunto a dónde habrá ido, a veces me respondo que el bosque se lo ha tragado y por eso ahora está tan saciado que no puede ni moverse. Hace poco creí escuchar su voz cuando me asomé por la ventana. De veras me pareció su voz. Y luego no era su voz, era el bosque. ¿Veis a lo que me refiero cuando sospecho del bosque? Es engañoso y aparenta cosas. Es eso o me estoy volviendo loca. Pero lo cierto es que no dejan de pasar cosas terribles. Un día vi una tela de araña flotar en el techo de la cocina, justo encima del lugar donde solía estar el pan. Estaba fijándome en ella cuando comprobé que por algún rincón debía haberse colado una corriente de aire. La tela aleteaba empujada por ese viento misterioso, a punto de ser arrancada, sin embargo yo no sentía ninguna corriente. Levanté los brazos buscándola, pero mis brazos no la notaron. Toda la cocina me pareció diferente entonces, como si la corriente afectara a unas cosas y a otras no. He de añadir que las puertas y las ventanas de la cocina estaban cerradas. ¿De dónde procedía entonces ese viento? ¿Acaso venía del bosque? ¿Acaso el bosque podía algo contra las ventanas y las puertas? ¿Contra las paredes? No lo sé. No tengo respuestas. Últimamente pasan cosas muy raras y yo tengo que estar alerta todo el tiempo.

Todavía no he contado que me llamo Rune. Si careciera de importancia lo omitiría. En ocasiones viene a mi mente la imagen de un palacio congelado por el frío donde una doncella se desliza por los corredores iluminados por cirios. Las paredes son negras y brillantes, de alguna clase de mineral y la figura de la doncella se refleja en ellas y rebota creando fantasmas que pueblan el aire. Sus dobles oscuros. Esta imagen me resulta tan familiar que estoy segura de que debe estar ligada a mí. El modo lo desconozco. Por eso la conservo y la atesoro y pienso en ella a menudo. También conservo una postal de Santa Agnes arrodillada en medio de una vitalidad dorada mientras un ángel le retira la sábana con la que estaba cubierta. La sábana es blanca y está un poco manchada de dorado. A pesar de eso la escena no es brillante, parece sacada de una montaña de Tierra. Y es preciosa. Creo que se podrá entender muy bien lo que digo. La mayor parte de las veces los misterios de la tierra poseen las vitalidades más lindas, es decir, las doradas, aunque al mismo tiempo pueden pasar desapercibidas. La postal no sé quién me la dio o de dónde la saqué. Puede que fuera él, lo desconozco. Solo sé que desde que tengo recuerdo siempre la he tenido conmigo. Por las noches la miro y esa es mi manera de rezar. La miro y ella me devuelve siempre distintas impresiones. Supe que se trataba de Santa Agnes porque lo leí en la parte de atrás de la postal. Sobre esta santa no he podido averiguar mucho más. Solo sé lo que veo en la postal. Me parece más que suficiente. Supe que aquella mano y aquella ala pertenecían a un ángel por-

que él me lo contó. Al principio pensé que era un niño con alas. Mitad niño mitad pájaro. Me gustaba pensar eso. Me imaginaba que vería crecer alas en mi espalda y que un día saldría volando por la ventana de la torre donde estaban mis habitaciones. Me imaginaba que volaría por encima de nuestros dominios y miraría las copas de los olmos siberianos, las copas de los pinos, el banco de piedra donde solía sentarme para hacer figuritas con la pinaza verde, aún elástica, y que vería el pequeño estanque, y la caseta de las herramientas, y la huerta, y más allá los campos que según él nos pertenecían y donde los trabajadores cosechaban los cereales y más allá ya no podía imaginarme lo que vería, pero seguro que sería espléndido. Por ese tiempo yo solía tener ese tipo de fantasías. Ahora ya no las tengo. Me imaginaba que volaba hacia lo desconocido. Me imaginaba que existían los niños con alas. Un día le pregunté si él los había visto. Eso no es un niño, es un ángel, dijo él. ¿Qué cosa es un ángel?, le dije yo. Es un enviado de Dios, dijo él. No quiso decirme nada más. En la postal el ángel retira la sábana del cuerpo de Santa Agnes, desnudándola, por eso pienso que se trata del ángel de la desnudez. También el ángel de la desnudez debe ser el que destapa las vitalidades, esa fue mi conclusión. Si no está el ángel, las vitalidades se cubren y ya no se las distingue, por eso rezo a ese ángel, para que siempre me acompañe. Respecto a ella, al principio tampoco sabía lo que era una santa. Pensaba que simplemente era una niña, una niña llamada Santa Agnes. Después supe que Santa no era su nombre sino su denominación y que su nombre solo era Agnes, que significa pureza. Y que una santa o un santo es alguien a quien se puede rezar y concede cosas pues los santos son los protegidos de Dios. Pero eso lo supe muchísimo tiempo después, porque lo leí en un libro. En aquel tiempo yo creía que Santa Agnes era una niña cualquiera, una niña como yo. Su desnudez me informaba de que no es bueno es-

conder lo que somos, por ese motivo me ejercité en la honestidad y desde entonces jamás mi boca dice cosas que no sean ciertas, y cuando no estoy segura de algo mis labios se cierran. Todas esas cosas pensaba hace años cuando miraba la postal. Cada noche y cada mañana fantaseaba de ese modo. Ahora cuando la miro solo me acuerdo de él. Él solía decir que me equivocaba. De acuerdo a su opinión yo siempre estaba equivocada: Se trata de lo contrario, el ángel no la desnuda, el ángel la viste. Fíjate, la está cubriendo. Es cierto que me lo decía dulcemente. Aun así, yo me oponía en silencio. Él nunca lograba convencerme de que estaba equivocada. Yo veía las vitalidades y las vitalidades me informaban. Las vitalidades no son mentira ni son verdad, simplemente son lo que son. Además, a pesar de la dulzura de su voz, él me parecía despiadado. ¿Por qué tenía que decirme eso? También me preocupaba. Me preocupaba por él. Cada día hablaba menos. Cada día estaba más lejano. Para mí estaba claro. Había empezado a desaparecer. Pensé que el ángel de la desnudez le estaba recubriendo con su manto. Los que ocultan algo acaban ocultos, pensaba por entonces. No obstante le buscaba por todas partes y rezaba oraciones para el ángel, para que el ángel le retirara la sábana. Las oraciones me las inventaba, quiero decir que las notaba llegarme a la boca y simplemente las susurraba. Pero aunque rezaba mucho al ángel, por mí y sobre todo por él, el ángel no lo desnudaba, y yo seguía estando sola. Después de que él desapareciera ya nadie me volvió a llamar Rune. Si acaso a veces escuchaba por mi espalda «¡Señorita, señorita!», o ni siquiera. Por eso también extrañaba mi nombre, por eso acostumbraba a susurrarlo por las noches, mientras me peinaba el cabello delante del espejo oval.

Sobre rezar no poseo mucha información, así que puede que mis peticiones no se cumplieran por eso. Nadie me enseñó a hacerlo

apropiadamente. A veces veía a las dos Mirtas santiguarse. ¿Por qué hacen eso?, le pregunté a él. Él dijo que se santiguaban, y que era como rezar. ¿Qué es rezar?, le dije después. Es pedir algo a Dios, dijo él. ¿Y quién es Dios? Es el creador de todo lo que ves, también de lo que no ves. Pareció ponerse triste cuando dijo eso. ¿Qué es lo que no veo? El mundo, dijo él. El mundo. El mundo es lo que había fuera de nuestros dominios, pero ese mundo no lo conocíamos pues nosotros nunca salíamos de nuestros dominios. Ese mundo era lo desconocido. ¿Y por qué nosotros no rezamos?, dije yo. Porque no sirve de nada, dijo él. Eso dijo él. Me pareció que no mentía, pero igualmente yo seguí rezando al ángel de la desnudez. Ese ángel era lo más cercano a Dios que yo conocía, hacía que las cosas tuvieran sentido, hacía que se hundieran en el sinsentido, proveía al mundo de las vitalidades. Qué ángel más bueno, pensaba por entonces. Me parecía ver sus alas alejándose por el cielo, despejando para mí todas las cosas. Qué ángel más bueno. Sin embargo ahora debo haber perdido su favor, y ya no descubre nada para mí, o quizás alguien haya herido sus manos y ya no pueda agarrar los mantos que hay sobre las cosas.